



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12208

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 23 DE JULIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Bien hecho

El señor Alcalde y el Presidente de la Junta de festejos señor Rosique, se han puesto de acuerdo para hacer una innovación en el reparto de juguetes que se verificará el 30 de Agosto, según reza el programa oficial.

Consiste la innovación en encarar el reparto á una comisión de señoras.

Plácenos el acuerdo y estamos seguros de que no se echarán de menos las manos que antes se empleaban en ese cometido. Qué se han de echar de menos si eso de repartir juguetes á los niños sólo las mujeres pueden hacerlo bien!

Nadie como ellas, sobre todo las madres, conocen los gustos de los pequeños y el juguete apropiado á la edad de los mismos; y mientras ellas no encontrarán dificultades para repartirlos, los hombres encueñan siempre. Caso se ha dado de darle á una niña un caballo de cartón y á un niño un costurero.

En dos festejos van á intervenir las señoras y ambos serán lo que no serían nunca, intervenidos por los hombres. El primero, la verbena, se hacía imposible; se anunciaba, eso sí, pero nunca pasaba del cartel en que la imprimiera el tipógrafo. Ahora van á celebrarla las señoras y la van á celebrar tan bien que dejará memoria para el año venidero.

En cuanto al segundo festejo, el reparto de juguetes á los niños pobres, no cabe dudar que ha de resultar desconocido comparado con el que se ha hecho en otras ocasiones. Los hombres los repartían

porque á ello venían obligados: cumplían un deber. Las señoras los repartirán con gusto, impulsadas por sus sentimientos maternales que las arrastra á interesarse por todos los niños y por sus sentimientos de caridad que las lleva á gozar inmensa dicha practicando el bien.

Aparte esto, en lo que van ganando los niños en cuidados y la fiesta misma en atractivos, bueno es que las señoras vayan tomando parte en aquellos festejos en que su presencia pueda desempeñar principalísimo papel.

Si ellas hubieran intervenido antes de ahora en el reparto de juguetes, hace tiempo que no se celebraría en la feria; pero de continuar allí, no se celebraría en las condiciones que todos hemos visto los años anteriores.

La masa de criaturas que se agolpa al pabellón del municipio recibiendo en sus desnudas cabezas los besos mortíferos de un sol de justicia; el movimiento de vaivén que parece aplastarlas; los gritos y lloros de los que se sienten morir de calor en medio de una masa de curiosos que permanece indiferente sin poner de su parte para que los niños puedan estar con relativa holgura, no es espectáculo que recrea al espíritu. Contemplando ese cuadro, hemos pensado muchas veces que el reparto de juguetes hecho en las condiciones que se viene haciendo es una crueldad.

Y como con crueldades no gozan los espíritus nobles, rogamos á las señoras que han de repartir los juguetes, que impongan otro sitio donde puedan realizar su encargo sin los inconvenientes que dejamos expuestos.

Exijámoslo así, que ante sus mandatos no hay quien se rebele, y la

fiesta será lo que debe ser: una fiesta de niños y no una crueldad.

El Teatro Circo pudiera servir para el caso; pero si no sirviera, sería preferible celebrarlo en la Plaza de toros. Todo menos martirizar á la niñez.

¡SEA USTED PERIODISTA!

No hay dicha en este mundo tan colmada como ser periodista, por eso es profesión tan envidiada por los cortos de vista.

¡Cuántas satisfacciones! ¡Cuánto mimo! ¡Qué dicha tan inmensa! ¡Qué felices y prósperos vivimos los chicos de la prensa!

¡Censura usted acromente á algún usía? Le llama á usted jumento. ¡Le larga usted un bumbo al otro día? Pues ya es usted un talento.

¡A uno le larga un chiste de castigo? No hay escritor más soso. ¡Se le usted, no de él, de un enemigo? ¡Qué chiste más gracioso!

¡Alaba usted á Pedro? ¡Con qué agrado lo abraza y le venera! ¡Le critica después? Pasa enojado sin saludar siquiera.

Si es un bombo, en aplaudir se desgañita: ¡Vale este papel mucho! Si es un palo, furioso el hombre grita: —Este es un papelucho!

¡A algún banquete asiste usted invitado? ¡Qué gorro! ¡Qué goloso! ¡No va usted por estar muy ocupado? ¡Se ha hecho más orgulloso!...

¡De una fonda censura usted el servicio? Es porque le cobraron. ¡Elogia usted á otra? Es un indicio de que le convidaron.

¡A una empresa teatral zurra usted fuerte? ¡Por algo usted la ataca! ¡Elogia usted á la empresa? Bien se advierte que tiene usted butaca.

¡Escribe usted con calma? ¡Hombre de! ¡Con fuego? ¡Un torbellino! ¡Hielo! ¡Pega duro el periódico? Es libelo. ¡No pega? ¡Es anodino!

Bien demuestra de un modo indubitable de esos goce la lista que es un oficio alegre y envidiable este de periodista.

Y gracias que después de haber alzado á más de cuatro burros pedestal tranquilamente muere usted olvidado en un santo hospital.

X.

TIJERETAZOS

Para noticia de sensación la que apunta un periódico.

Que los jefes de la guardia civil tienen encargo de vigilar á los gobernadores.

¡Ande el modernismo! Poquito á poco vamos á plagiar las alhajas de «El Mundo al revés.»

¡Ah! conste que no hay en esto mortificación para nadie, por nuestra parte al menos.

Si la hay será por parte de los que dan órdenes tan extrañas.

Con motivo de la entrevista celebrada por el expresidente del Gabinete francés con el emperador Guillermo, dice un corresponsal:

«La revancha envuelve un sentimiento antihumanitario y una idea ridícula; y todo lo que tienda á destruir eso, merecía alabanzas.»

Muy bien dicho. Y será mejor hecho si todos tienden á destruir el odio hereditario, que á trueque de lisonjear el amor propio amenaza á la humanidad con los horrores de la guerra.

Dice un periódico que la salida de Weyler para San Sebastián responde á diferencias que han surgido entre él y Moret.

¡Y á quién le va á contar eso disgusto? ¡No está en Madrid el presidente del Consejo?

¡Pues entonces...!

Dice un periódico: «Estamos amenazados de una gran huelga de ferrocarriles que paralizará, de realizarse, todo el movimiento nacional. Y el gobierno no se preocupa de ello.»

¡Qué se ha de preocupar? El colega no cuenta que estamos en las imprescindibles vacaciones del año, en las que no se puede hacer ni pensar nada.

Si al pensar solo en lo que pueden hacer los obreros de los ferrocarriles echá uno á andar.

¡Cualquiera hace algo con la temperatura que gozamos!

Dicen de Roma que amenaza desplomarse San Juan de Letran.

A Italia le ha entrado la mala por los monumentos.

Porque, según nuestros lectores, no se trata del santo.

PENSAMIENTOS

A pesar de los fracasos de Gall y Langer, dura todavía la preocupación de juzgar á los hombres por la forma y tamaño de la cabeza y por los rasgos de la fisonomía.

Error profundo solo comparable con el que se cometeria pretendiendo averiguar la bondad de un reloj por el aspecto de la tapa, y el contenido de un bolsillo por su volumen exterior. Pero así como un bolsillo puede contener oro, plata ó calderilla, una cabeza hermosa y capaz puede encerrar, en vez del oro de las hermosas ideas y de los bellos sentimientos, la calderilla de los pensamientos vulgares y la moneda falsa del error.

Con la misma prevención que á los originales debemos mirar á las copias. De mí se decir que toma un retrato como una estatua. Una fotografía representa en la mayoría de los casos una sugestión falsa, una promesa incumplida. Anuncia lo que el ori-

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

223 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

al caballo y haciéndolo partir á galope tendido hasta llegar á casa.

En casa, durante los dos días que permaneció allí Hania, antes de partir, reinó una profunda tristeza.

La señora de Ives partió, con mis dos hermanitas, al día siguiente de nuestra conversación con mi padre, para llevarlas á casa de mi tío. Habíamos quedado, como yo, mi padre, el padre Luis y Hania.

La pobre Hania sabía que tenía que partir, y esto llenaba de desesperación su alma. Comprendíase que esperaba que acudiría yo en su auxilio, y se aferraba á mí como á su única esperanza de salvación. Pero, habiéndolo notado yo, procuré evitar encontrarme á solas con ella. Me conpeña lo suficiente para saber que con sus lágrimas lo habría obtenido todo, porque yo nada le habría podido negar. Por eso evitaba hasta mirarla, porque no podía soportar la súplica muda que expresaban sus ojos cuando invocaban nuestra compasión, cada vez que se fijaban en mi padre ó en mí.

Por otra parte yo sabía perfectamente que poco ó mejor, nada habría logrado de mi padre, aun cuando hubiese hablado con él; porque, una vez tomada una resolución, nunca volvía atrás. Y á más de eso, me retenía lejos de Hania un sentimiento penoso. Me avergonzaba de mi conversación con Selim, de mi du-

222

HANIA

amor se había apoderado de él, de su ardiente alma oriental, y ardía como la llama de un volcán. Mas yo no hice caso de ello y respondí con tono seco y frío:

—No he venido aquí para oír tus confesiones. Me río de tus amenazas, y te repito una vez más que Hania no será tuya jamás.

—Escúchame,—dijo Selim,—no quiero intentar explicarte lo mucho que la quiero: ni yo te lo podría describir, ni tú lo podrías comprender. Pero te puedo jurar que yo, á pesar de lo inmenso de mi amor, tendría la magnanimidad suficiente para renunciar para siempre á Hania si ella te amase; ante todo, Enrique, tenemos que pensar en ella. Tú siempre has sido generoso: imítame, renuncia á ella y después exige de mí todo lo que quieras, hasta mi vida. Dame la mano, Enrique, piensa en Hania.

Inclinóse hacia mí con los brazos abiertos; mas yo hice retroceder mi caballo.

—Este cuidado déjanselo á mi padre y á mí,—dije.

—También nosotros pensamos en su bien, y yo tengo el honor de participarte que pasado mañana Hania sale para el extranjero y no la volverás á ver jamás... Y ahora, adiós.

—¡Oh! siendo así, ya lo veremos.

—Sí, lo veremos,—repetí, haciendo dar una vuelta



Las seis en punto de la mañana siguiente, llegué á las colinas limítrofes donde Selim me estaba aguardando ya. Tenía el propósito de permanecer grave y tranquilo durante nuestra entrevista.

—¿Qué me tienes que decir?—preguntó Selim.

—Tengo que decirte que sé que amas á Hania y que ella te ama á tí. Tú has obrado como un infame al atraer á tus redes el corazón de aquella niña. Esto es lo que, ante todo, te quería decir.